

La vida del hombre y toda la realidad que nos rodea son la materialización de pensamientos de la mente de Dios, comparables a un precioso sueño que está teniendo el Señor.

Este sueño de Dios, sin embargo, es pura realidad, pues el Señor por su omnipotencia, ha hecho realidad material todo lo que existe, cumpliendo cada uno de sus pensamientos como Espíritu siempre despierto, pues Él nunca duerme.

Cuando actuamos según la voluntad de Dios en la vida, es como si el Señor lo estuviera soñando todo mientras duerme plácidamente.

Cuando actuamos en contra de su voluntad, es como si le perturbáramos en su sueño mediante nuestros pecados.

Cuanto más graves y atormentadores sean estos pecados para el Señor, mayor será el riesgo de que despierte repentinamente de este hipotético sueño, ya que se está convirtiendo en una pesadilla para Él. Si este hipotético sueño de Dios se convierte en pesadilla, el Señor se despertará de repente y se acabará el sueño, es decir, nuestra vida y la realidad que nos rodea.

De hecho, al terminarse el sueño de Dios, la pesadilla para Él se desvanece y comienza la nuestra, porque al despertarse el Señor de repente debido al terrible sueño causado por nuestra vida tan pecaminosa, lo estropeará todo, como la reacción que tiene alguien que está profundamente dormido y de repente se despierta, la ira de Dios se hará realidad.

La vida del hombre en esta realidad refleja la vida futura y eterna en el Reino de Dios. De hecho, antes de vivir esta vida terrenal, vivimos la transición de una «vida de tinieblas» a una «vida terrenal en la luz».

Este pasaje consiste en nuestro nacimiento, el momento en que pasamos de la vida que vivíamos en la oscuridad del vientre de nuestra madre, a la vida terrenal que vivimos a la luz del sol.

La «vida oscura» en el vientre de la madre puede entenderse como esta vida terrenal vivida en una condición de pecado y, por lo tanto, en la oscuridad.

La «vida terrenal en la luz», en cambio, se puede entender como la futura vida eterna en la luz de Dios, en presencia del Señor, al ser Él un Ser espiritual de pura luz, pues todos somos hijos de la luz, según las tres citas siguientes de las Sagradas Escrituras:

(1)

(mientras hay luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz». Esto dijo Jesús y se fue y se escondió de ellos). Juan 12,36

(2)

(Antes sí erais tinieblas, pero ahora, sois luz por el Señor. Vivid como hijos de la luz.). Efesios 5,8

(3)

(Pero vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas, de forma que ese día os sorprenda como un ladrón; porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas) 1 Tesalonicenses 5,4

La vida del hombre en esta realidad terrenal es inesperada para nosotros, como inesperada es la futura vida eterna en el Reino de Dios.

Esta vida terrenal para nosotros es inesperada porque antes de nacer no sabemos lo que nos espera y no conocemos la luz del sol.

Del mismo modo, no sabemos lo que nos espera después de la muerte y no conocemos la luz de Dios.

Al igual que a un niño le costaría creer en la realidad terrenal que le espera tras su nacimiento, a nosotros nos cuesta creer en la realidad del Reino de los cielos que nos espera tras la muerte en presencia de la luz del Señor, si somos dignos de ella.

De lo contrario, nuestra incredulidad será para nuestra condición futura de vida eterna infernal, en ese lugar que conocemos como infierno.

Es normal que el hombre, al haber recibido un espíritu inmortal del Dios Creador, viva eternamente en un lugar de paz o de tormento tras haber sido juzgado por el Señor digno o no de su paz.

Las dos citas siguientes del Santo Evangelio nos muestran lo que significa ser digno o no de la paz de los discípulos del Señor Jesús, que refleja la paz de Dios en la tierra, para ser luego proyectados a la vida eterna, si somos dignos de ella: